

sio, obispo de la ciudad, representándoles que la Religión de Jesucristo no se valía de sublevaciones para defenderse.

Consternados los novadores, dejaron el lugar sagrado, é hicieron trasladar el Concilio al palacio. Entonces no cuidaron ya de observar forma alguna eclesiástica. El emperador se erigió en presidente ó en despotista del Concilio, y en lugar de símbolo propuso para que se firmase un edicto profano y tiránico, en el que se veía claramente todo el veneno del arrianismo. Pretendía haber recibido autoridad á su manera, pero todo su fundamento y prueba era un sueño, y sus súbditos, decía él, no debían pedir otras pruebas de su catolicismo que los triunfos con que el Todopoderoso se declaraba en su favor. Sin embargo, no pudo pasar la fórmula, y fué desechada con horror por aquel pueblo católico y numeroso á quien se leyó en la iglesia.

Tornóse á tratar de la condenacion de Atanasio, y mandó el emperador llamar á Lucifer, Eusebio y Dionisio, y les instó con viveza á que suscribiesen á ella, persuadido del grande efecto que producirían unos ejemplos de tanta autoridad; y como insistiesen sobre el defecto de pruebas: «yo soy, les dijo, levantándose con una actitud furiosa, yo soy el acusador de Atanasio: creed sobre mi palabra lo que se dice contra ese revoltoso.» Con una libertad respetuosa le contestaron que no se trataba de un negocio temporal, en que la autoridad imperial tuviese derecho de sentenciar: que aún en este caso no se debería condenar á un ausente que no estaba en disposicion de defenderse; y que por lo que á ellos tocaba, nunca se les obligaría á contravenir en cosa alguna á las reglas eclesiásticas (1). «Mas lo que yo quiero, replicó Constanzo, debe pasar por regla: así lo opinan los obispos

(1) Sever, Sulpic. lib. 2 hist. de J. O. J. H. (1)

de Siria: obedeced, ó salís desterrados.» Levantaron las manos al cielo todos los prelados ortodoxos, y pidieron al príncipe que no abusase contra los siervos de Dios de una potestad que habia recibido de Dios mismo; y le trajeron á la memoria las venganzas del terrible Juez de los reyes y de los súbditos.

Mas no queriendo prestar oídos á nada, y consultando solo los primeros arrebatos de su cólera, les amenazó con grandes gritos, sacó contra ellos la espada, y mandó llevarlos al suplicio. Despues, variando repentinamente de parecer, los condenó solo á destierro. Antes de conducir á los legados del Papa, fueron desuadados y azotados con crueldad el sacerdote Panoracio y el diacono Hilario, compañeros de la legacion de Lucifer. Ursacio y Valente, con los eunucos de su faccion, fueron los ministros ejecutores de estas indignidades; y mientras la escena, no cesaron de reir á carcajadas ó de escarnecer de un modo indigno á los pacientes, como lo haria el mas vil popualcho.

Con sanguinaria brutalidad se abrieron paso los soldados desde el palacio á la iglesia por medio de un pueblo inmenso, y penetraron hasta el santuario para sacar de él violentamente á los obispos ortodoxos que estaban allí. Prendieron á ciento cuarenta y siete entre eclesiásticos y legos celosos, la mayor parte de los cuales fueron encerrados en horribles calabozos. Otros muchos prelados, á mas de Lucifer, Eusebio y Dionisio, permanecieron firmes en favor de Atanasio, y sufrieron el destierro como los primeros; mas la mayor parte firmó su condenacion, ya por temor, ya por sorpresa, ó ya por inconsecuencia. Los desterrados tuvieron que sufrir ademas del destierro todo cuanto podia hacer mas insufrible su suerte: fueron enviados á las provincias mas distantes, cuyo idioma ignoraban, y en donde mandaban sus enemigos; y ademas,

cosa que no habian discurrido los perseguidores idólatras, los tenian en lugares separados, para que no pudiesen animarse y consolarse mutuamente. Empero estos tratamientos injuriosos les captaban singular aprecio de la mayor parte de las iglesias, enviándoles diputados casi todas las provincias como á confesores de Jesucristo, al paso que se manifestaba el mayor horror contra los arrianos, que en su bárbaro triunfo eran mirados no como vencedores, sino como verdugos (1).

San Dionisio de Milan fué desterrado á Capadocia, donde por el fervor generoso de sus oraciones alcanzó una muerte pronta para no sobrevivir á la funesta desgracia de su iglesia, porque en su lugar habian sustituido al herege Ausencio, á quien ordenó de sacerdote Gregorio de Alejandria y que en todo el curso de su ministerio se manifestó indigno de tal ordenacion (2). Ni siquiera entendia la voz de las ovejas á que se le destinaba por pastor; pues ignoraba enteramente el latin, y aun era menos versado en las ciencias eclesiásticas, entendiendo solo de cosas de comercio é intereses; en una palabra, era mas propio para publicano que para obispo. Aborreciale de tal modo el pueblo católico, que fué necesario introducirle en la Iglesia á mano armada (3).

No estaba todavia satisfecho el emperador; deseaba mas que todo atraer á su partido al sucesor del Príncipe de los Apóstoles, Cabeza visible de la Iglesia. Decian de continuo los novadores al príncipe, que si podia ganar al Obispo de la Silla Apostólica, pronto seria dueño de todos los demas. En una palabra, le hicieron desear ardientemente, que la proscripcion de Atanasio fuese confirmada por la autoridad eclesiástica que reside principalmente en los obis-

(1) Sulpic. Sev. lib. 2.

(2) Hil. in Auct.

(3) S. Ambros. lib. 2 de Spir. cap. 10.

pos de Roma, como de ello estaba convenido todo el mundo, y hasta los autores gentiles de aquel tiempo, como Amiano Marcelino que lo afirma en términos espresos (4). Constanzo, pues, envió al Sumo Pontifice al eunuco Eusebio con presentes y amenazas; pero todo fué en vano. Lo que mas humilló al enviado fué que Liberio no solo rehusase firmar la condenacion de Atanasio, sino que se mostrase abiertamente contra la creencia de los eusebianos tan orgullosos por los últimos sucesos, que cuidaban ya muy poco de disfrazar sus sentimientos ó su adhesion á los de Arrio. No quiso el eunuco, á pesar de esto, volver los presentes del emperador, y los depositó como una ofrenda en la iglesia de San Pedro. En momentos tan críticos juzgó el Papa que el temor del escándalo que motivaria esta especie de comunicacion con un herege debia ser mas poderoso que los respetos debidos en toda otra circunstancia á la magestad imperial, y mandó sacar los presentes del lugar santo.

El eunuco, irritado y confuso viendo lo mal que se realizaban sus ideas, volvió presuroso á dar cuenta á su soberano, el cual resolvió cojer al Pontifice y llevarle á Milan. Escribió para esto á Leoncio, gobernador de Roma, á quien no pareció fácil la ejecucion de este atentado, porque el pueblo amaba en extremo á su Pontifice. Mas cuando los príncipes desean lo malo hasta cierto punto, todas las dificultades se allanan. Leoncio tomó tan eficaces medidas, que habiendo Liberio sido preso de noche, estuvo lejos de la ciudad antes que la multitud llegase á entenderlo.

Asi que llegó á Milan concedióle una audiencia el emperador, ó por mejor decir, le hizo un interrogatorio, en el que este príncipe artificioso sostuvo con mu-

(4) Ammian. Marcel. lib. 15, cap. 7.

cha dignidad el tono mezclado de autoridad y moderación que se había prescrito. Alternaron en la conversación el eunuco Eusebio y otros muchos incitadores, con el fin de conmovier al Pontífice y hacerle prorumpir en espresiones poco respetuosas que irritasen á Constancio; pero Liberio supo conservar un medio prudente entre la audacia y la pusilanimidad, y sostuvo con tanta grandeza como valor la causa de la Iglesia y de Atanasio. El emperador decía: «es mi enemigo particular, me ha indispuerto con mis hermanos, y me tendria por mas feliz en reducir á este perturbador universal que en haber vencido al traidor Magnencio (1): no alegueis cosa alguna en su favor. Tengo tomada mi resolución; ó firmad su condenación, ó marchad al destierro: tres dias teneis para decidir.»—Liberio respondió: «nada me mudarán ni tres dias ni tres meses; enviadme desde ahora donde gustéis.»

Viendo el emperador que el Papa seguia inalterable, pasados tres dias, le desterró á Berea, en Tracia, sin hacerle no obstante ningun mal tratamiento, antes por el contrario, mandó librarle una suma considerable para el viage, y la emperatriz aumentó aún esta liberalidad. Liberio no quiso recibir sus dádivas, diciendo que el Estado necesitaba de sus fondos para las tropas; y partió alegremente para su destino (2).

Despues de la salida de Liberio para el destierro, quiso Constanzo elegir otro Papa; mas con la piedra sobre la que el Hijo de Dios fundó su Iglesia, no sucedia lo mismo que con otras sillas decoradas de prerogativas arbitrarias por disposiciones humanas. Habia jurado todo el clero de Roma no recibir otro gefe en tanto que existiese Liberio, y habiendo elegido la facción de los ar-

(1) Theod. lib. 11.

(2) Sozom. lib. 4, c. 11.

rianos á Felix, arcediano de la iglesia romana, los clérigos católicos permanecieron tan firmes, que los facciosos no pudieron entrar en iglesia alguna, y se vieron reducidos á ordenarle en el palacio. No obstante de haberse rendido el mismo Felix al deseo de su ensalzamiento, nunca se separó de la doctrina de Nicea: tanta era la solidez con que estaba establecida en esta iglesia que debe confirmar en la fé á las demas (1).

Despues de este atentado, la secta tuvo la ambición de triunfar de Osio. Este solo obispo le parecia valer mas que infinitos otros. Bajo los perseguidores idólatras fué confesor de la fé, autor despues de Dios de la conversión del gran Constantino y de lo mas grande que este príncipe había hecho por la Religión; cien años de una vida irreprochable, sesenta de los cuales había pasado en el ministerio santo del episcopado y en las funciones mas sagradas y gloriosas, móvil de todos los grandes asuntos de la Iglesia y cuyas cartas y discursos eran para los católicos otros tantos oráculos: tal era Osio. No cesaban pues los hereges de importunar al emperador Constanzo contra este varón inmortal, del mismo modo que lo habían hecho contra la persona del Sumo Pontífice. «Osio, le decian siempre, es el obispo cuya autoridad subleva contra vos á todo el mundo cristiano; él formó el fatal símbolo de Nicea; él es el que hace tener en todo el mundo por hereges á los defensores del justo oprimido; del piadoso y docto Arrio (2). Sus primeros triunfos le inspiran un ardor siempre nuevo y una presunción inaguantable. El castigo de sus compañeros, ó por mejor decir de sus discípulos y hechura, de nada sirve todo si no se humilla á este imperioso maestro, ó si no se le hace mas dócil.

(1) Hieronim. de Script. Eccles. in Acac.

(2) Sozom. lib. 4, c. 11.

Persuadido el emperador por estas razones de los hereges, mandó al grande Osio que se presentase, dándole en sus cartas mil testimonios de benevolencia y estimación. Redobló sus caricias y artificios así que llegó ante él, para obligarle á condenar á Atanasio y comunicar con los arrianos: dos puntos que eran ya inseparables. Mas el venerable viejo, mostrando un amargo dolor de que hubiese atrevimiento para hablarle así, contestó con tanta fuerza y sabiduría, que el príncipe poseído del temor de los divinos juicios, le dejó regresar á Córdoba. Viéronse los pérfidos arrianos obligados á ceder sin oponerse en cosa alguna á Constanzo sobre este asunto; mas no perdiendo despues ni un instante y aprovechando todas las ocasiones, hablaron tan á tiempo é instaron con tanta viveza al emperador, que escribió muchas veces á Osio, ya de un modo benigno y lisongero y ya amenazante.

El prelado siguió inalterable y contestó de un modo tan conforme á su respetable ancianidad, como digno de transmitirse á las edades venideras. «Confesé, dice, la primera vez la fé cristiana en la persecución de vuestro abuelo Maximiano; y antes que hacer traición á la verdad y condenar la inocencia, estoy pronto á sufrir todas las tormentos, si es que queréis repetir la misma escena que representó aquel enemigo del Dios que adoramos. Y aun me atrevo á anunciaros que renuncio vuestra comunión, si de aquí adelante me escribis de un modo tan poco digno de un monarca cristiano. No sigais, pues, las sugerencias de los secuaces de Arrio: guardaos de los orientales; no escuchéis á Ursacio ni á Valente: mirad con horror la malignidad dirigida mas contra el Hijo de Dios que contra el obispo; que no tanto os animan los seductores contra Atanasio, como á favor de la heregia y de la impiedad. Creedme, príncipe, y fiad de mi experiencia y de mi edad: puedo ser vuestro abuelo,

y sé á fondo todo lo ocurrido en el santo Concilio de Sárdica, del cual se blasfema en vuestra presencia: los enemigos de Atanasio tuvieron allí la mas completa libertad de acusarle y convencerle si hubieran podido hacerlo. Acordaos tambien de cuando llamásteis á Antioquia al obispo de Alejandria, y cómo se presentó en vuestra corte en medio de sus adversarios, cómo no quisieron oírle ó temieron comparecer ante él, y cómo rehusásteis vos mismo oír una inútil justificación.

¿Pues por qué dais todavía oídos á los impostores? Y sobre todo, ¿por qué escuchais á Ursacio y Valente, despues que confesaron su calumnia y se retractaron vergonzosamente? No se les obligó á ello ni fueron maltratados por la tropa, ni intimidados por el emperador Constante; que bajo su reinado no se procedia, ni Dios lo quiera, como hoy. Mas si esos pérfidos censuran la violencia, si se quejan sin motivo de haberla sufrido, y si vos mismo la desaprobadis, dejad ahora de usarla. No presidan vuestros condes y vuestros gobernadores en las determinaciones de la Iglesia: no desterréis á los obispos, cuyo único delito es no aplaudir enormes abusos. De otra manera, ¿no sereis reprehensible de ejercer mayores violencias que las de que os quejais? Vuestro augusto hermano ¿hizo por ventura cosa semejante? Tened presente que aunque sois emperador, no por eso dejais de ser hombre, ni estais menos sujeto á morir. Temed los juicios eternos: no os entremetais en las cosas eclesiásticas; en esta materia no teneis que darnos órdenes, sino que debéis recibir las de nosotros. Dios os ha confiado las riendas del imperio, y á nosotros el gobierno de la Iglesia; y así como nos opondríamos al orden de Dios si atentáramos á vuestro poder, del mismo modo no podeis vos atribuirnos, sin faltar á la justicia, lo que

á nosotros pertenece. Porque escrito está: *dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios*. Así, pues, como no nos es permitido arrogarnos el mando en el imperio, tampoco vos debeis ejercer el ministerio sacerdotal. El deseo que tengo de vuestra salvacion me obliga á escribiros con esta libertad; y si me conviene á mí hablaros de este modo, tambien os importa á vos el mostrar que no lo hice sin fruto (1).»

Una carta tan enérgica debia producir el resultado mas feliz por poco que el emperador consultase á la Religion ó á la razon; pero no hizo mas que irritar á Constantino, cercado siempre de sus hereges aduladores. Obligó por segunda vez á Osio á que se le presentase, y le detuvo un año en Sirmio. Sufrió allí el respetable centenario los mayores ultrages, los tratamientos mas inhumanos, golpes descompasados, y por fin el tormento. Al cabo la debilidad del cuerpo y probablemente la de la edad, abatieron su espíritu, y sin querer condenar á Atanasio, firmó la segunda fórmula de Sirmio, que no se puede excusar de hereética; ejemplo no menos admirable que terrible de la fragilidad humana, contra la que nunca deben asegurarnos los mas repetidos triunfos (a). Luego que accedió

(1) Athan. *ad Solit.*, p. 837.

(a) El autor da aquí como indudable la caída de Osio; pero ¿lo es efectivamente? Es cierto que como tal la suponen muchos autores; pero ¿son bastante sólidos los fundamentos en que se apoyan para destruir de una plumada toda la gloria del grande Osio, terror de la heregía y que durante tantos años fué el alma, digámoslo así, de los Concilios y quien combatió con mas tesón al arrianismo? En el apéndice que daremos al fin de este tomo examinaremos esos fundamentos, y veremos que no son tan suficientes como algunos han supuesto para dar por sentada la caída, y caída tan grande, del inclito obispo español Osio, y para asegurar como cosa indudable, cual hace Rohrbacher, que esa caída es cierta y que causó el mayor escándalo. Y es bien extraño que á este autor, que allí mismo vindica y con razon al Papa Liberio de la caída que en igual sentido se le atribuyó por algunos, y tiene por invencion de los hereges los rumores que cundieron, no se le haya ocurrido que teniendo tanto interés los arrianos en desacreditar á Osio ó en presentarle como atraído al fin á su partido, han podido

Osio á lo que se queria, obtuvo la libertad para regresar á España, donde murió poco despues, pero penitente y en la comunión de la Iglesia, como dicen San Atanasio y San Agustin (1). En la hora de la muerte protestó auténticamente y en forma de testamento contra la violencia que le habia abatido; anatematizó de la manera mas solemne el arrianismo y exhortó á todos á que le mirasen con el mismo horror.

La persecucion que habia sufrido un sugeto tan respetable en todo el mundo, fué aún mas violenta contra los prelados comunes. Todos los ortodoxos sufrieron tambien á medida de su posicion y de su celo; pero particularmente se cebaba la persecucion en los obispos á quienes se llevaba con violencia delante de los jueces, para que estos los obligasen á firmar; y se habia intimado esta orden á los magistrados de las ciudades con pena de multa si no ganaban á sus obispos respectivos (2); tan solo se les permitia que enviasen al emperador á los que solo pudieran ser amedrentados por su presencia. Hubo muchos que renunciaron cobardemente á la comunión de Atanasio. Contra los que se resistieron se forjaron mil calumnias y se suscitaron toda clase de chismes y de obstáculos para desterrarlos de sus iglesias, y al instante les reempla-

tambien ser los autores de la noticia de su caída y seducir con ella á muchos. ¿No nos dice el mismo Rohrbacher que falsificaron los hereges los escritos de San Atanasio y que hasta hicieron pasar á muchos, y entre ellos á San Agustin, como Concilio de Sárdica su conciliábulo de Filipópolis? Pues ¿quién no ve que teniendo tanto empeño en atraer á Osio es mas presumible que ellos propalaran la noticia de su supuesta caída que no el que el centenario Osio, encañecido en sus combates por la fe de Nicea, cuyo Concilio presidió, fuese en sus últimos dias, cuando, como suele decirse, estaba ya con un pie en el sepulcro, tan medroso, tan inconstante, tan inconsequente y tan poco mirado que suscribiese lo que durante toda su vida habia estado condenando y por cuya condenacion habia sufrido grandes persecuciones? Pero en el apéndice que irá al fin del tomo hablaremos con mas estension. (N. del E.)

(1) Athan. *ad Solit.*, p. 841.

(2) *Ib.* 849.

zaban por miserables é indignos cómplices de los hereges. Por una providencia particular inspirada del cielo, al ver la violencia y despotismo con que se ejercian tantas crueldades, muchos pueblos no quisieron admitir á los intrusos; pero donde esto sucedia, eran posesionados á la fuerza, y se trataba como reo de Estado á todo ciudadano que se mostraba tan buen católico como fiel súbdito.

Empero Atanasio era siempre el blanco principal del rencor de Constantino y de sus arrianos. Parecía que toda la Iglesia católica estaba concentrada en él, y solo para reducirle sedujeron de antemano á tantos obispos. Despues que suscribieron á su condenacion, se juzgó no deberse ya guardar miramiento alguno. La tempestad se habia estado formando por espacio de mas de dos años, y su violencia correspondió á esta larga y tenebrosa fermentacion. No es nuestro ánimo hacer la pintura de estos últimos horrores, difíciles de presentar con la viveza debida, y nos contentaremos con decir que lo ocurrido algunos años antes al colocar en la silla de Alejandria al falso obispo Gregorio, y que puede mirarse como la primera escena, no fué mas que un ligero bosquejo de esta horrorosa catástrofe.

Jorge de Capadocia, que así se llamaba el que esta segunda vez se apoderó de la silla de Atanasio, no se cuidaba de parecer virtuoso y ni aun hombre honrado (1). Hombre sin fé, sin costumbres, sin educacion, sin nacimiento, y al principio sin destino, solo era conocido por un aventurero, ó parásito ó bufon, vendido á cualquiera que le diera de comer. Para él fué una fortuna obtener una plaza de las mas bajas en el abastecimiento de los viveres, en la que malversó lo que tenia á su cargo, y se vió precisado á evadirse del

castigo de sus robos vagando de provincia en provincia. Tal fué el segundo émulo que se opuso al mas distinguido prelado de su siglo. Al mismo tiempo era duro, rústico, desagradable en su figura y palabras, ignorante hasta lo sumo, sin el menor trato de mundo, atronado y revoltoso, de carácter implacable, sin principio alguno de religion, ya pagano y ya herege, y solo propio para colocar la impiedad arriana en la cátedra episcopal de la segunda ciudad del universo.

Viéronse al propio tiempo despojadas de sus legítimos pastores las iglesias de toda la grande y floreciente provincia de Egipto y de la Libia, que dependian de la silla de Alejandria. Desterráronlos al centro de las mas espantosas soledades, obligándolos á partir al momento sin respeto á su edad, ni á sus achaques. Cerca de noventa fueron tratados así; y entre tantos solo uno fué cobarde, á saber, Teodoro de Ogirinea, que abandonó con desprecio á todo su clero (1). Muchos de estos ilustres proscritos perecieron en el camino ó en su destierro, bien de miseria, ó bien de las indignidades que tuvieron que sufrir. Así que partieron, pusieron en su puesto jóvenes imprudentes, y sin otro mérito que una confesion precipitada del arrianismo, que muchos de ellos no conocian sino de nombre, y sin otro titulo que una suma de dinero dada á los oficiales imperiales, que vendian en público las dignidades eclesiásticas al que mas daba (2). Una multitud innumerable de fieles del uno y del otro sexo, especialmente de monges y vírgenes, fueron sacrificados horriblemente en el lugar santo, y siempre, segun el gusto lascivo de la heregía, despues de los ultrages mil veces mas insoportables á su virtud que la muerte.

(1) Marc. et Faust. *pág.* 777.

(2) Athan. *ad Solit.* *pág.* 863.

(1) Ammian. Marcel. *lib.* 22, *cap.* 11.